Globethics Repository



Ensayos Biblicos Homileticos [Biblical Essays homiletic]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Held, Enrique Joaquín
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-11 02:01:28
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/156012

ENSAYOS BIBLICOS HOMILETICOS

Enrique Joaquín Held

Génesis 11:1-9

Un texto irritante y "escandaloso": Dios, a propósito, hace fracasar los esfuerzos humanos tendientes a (lograr y) conservar la unidad. En la redacción del texto hebreo se señala la contraposición entre los propósitos ingeniosos de los hombres (v. 1-4) y la contra-acción divina (v 5-9), por el empleo de la misma interjección "¡ea!" en boca de las gentes (v. 3-4) y de Dios (v. 7).

Notemos que la narración, en su primera parte (v. 1-4), ofrece el cuadro de la humanidad en busca de su propia realización. Se hace referencia a la *unidad* primitiva de todo el género humano (v. 1), en el día de hoy objeto de renovada búsqueda; a los pueblos puestos en *movimiento* hacia su constitución cultural propia (v. 2); a los *descubrimientos* técnicos que permiten nuevos pasos en la historia de la civilización (v. 3); y al deseo de construir *la gran ciudad* que asegure la unidad y el progreso humanos y que brinde amparo contra eventuales catástrofes destructivas (v. 4). ¿Qué de malo hay en todo esto?

Tal vez no sea difícil darse cuenta de la ambivalencia implícita en toda esta empresa gigantesca de la cultura y "política" humana a través de la historia. La unidad de todos los hombres (y de todos los cristianos), una vez realizada, puede bien servir a los intereses particulares de unos pocos. Los descubrimientos científicos, los adelantos técnicos, lo mismo que el perfeccionamiento en los métodos psicológicos y educacionales, no contribuyen, como tales, a una vida humana más digna. Al contrario, aumentan el poder del hombre sobre su hermano, del entendido sobre el ignorante, del poderoso sobre el subdesarrollado. La gran ciudad, creación del propio hombre, símbolo de una vida mejor, de cultura y bienestar, de industria y educación —tan atrayente para millones de hombres— no hace sino que el hombre viva más a la merced del hombre que antes.

Esta ambivalencia se simboliza en la torre "con la cúspide en los cielos" (v 4), frase que

puede interpretarse según, Deuteronomio 1:28; 9:1 como mera descripción de su altura imponente, o según Isaías 14:13-14 como expresión de la aspiración del hombre a ser "como Dios" (Gn. 3:5), como tergiversación de su mandato de dominar, bajo Dios, la creación (Gn. 1:28). Pero quizás no se trate de interpretaciones alternativas sino correlativas. La ambición a la grandeza y la tentación de la soberbia van juntas en la locución "hacerse un nombre" (v. 4). No solamente apunta a la aspiración de hacerse famoso (renombre), sino también a la apetencia de hacer valer la autoridad, el poder y el triunfo del hombre en el mundo. El hombre afortunado es, tantas veces en la Biblia, el que, arrastrado por sus éxitos y logros a la arrogancia y autosuficiencia, desprecia a Dios creyendo poder prescindir de él y de sus disposiciones (cf. Salmos 10:2-11; 73: 3-12; Ez. 28:2-10; etc.).

La reacción divina (v. 5-9) no tiene nada que ver con la actitud mezquina de quien no sabe mantener su grandeza y dominio sino a base de la impotencia y de los fracasos de los hombres. Dios no quiere obstaculizar el progreso humano. Lo que se propone impedir es que "nada de cuanto se propongan, les será imposible" (v. 6), en otras palabras: la omnipotencia del hombre. Conviene recordar textos como Gn. 3:22; Mr. 10:26-27; Lc. 1:37. La omnipotencia le corresponde a Dios; al hombre lo haría inhumano. (La ciencia biogenética contemporánea abre la perspectiva de que el hombre, eventualmente, será el creador y manipulador, de lo humano.) La acción divina quiere asegurar la divinidad de Dios y, a la vez, la humanización del hombre. Hace fracasar las ambiciones y proyectos humanos en cuanto desmesurados, para su propio bien. Actúa "sub contraria specie", como dijera Lutero: en forma contraria a sus verdaderos propósitos. El "fracaso" humano contribuye al progreso humano, es decir, a la verdadera humanización del hombre.

Además, nuestro texto no puede interpretarse aparte de las promesas divinas dadas a Abraham (Gn. 12:1-3): Dios prepara su propio camino para hacer llegar las bendiciones a toda la humanidad. Al ecumenismo secular de Gn. 11:1-4 opone su ecumenismo en Cristo, hijo de Abraham (Mt. 1:1), por el Espíritu Santo derramado sobre todos (Hch. 2: 1-21).

Nótese que, de acuerdo con el relato de Pentecostés, no se restablece la unidad "de un mismo lenguaje e idénticas palabras" de Gn. 11:1. Mas el Espíritu Santo hace que todas las naciones dispersadas comprendan, en su propia lengua, el mensaje del Evangelio.

Exodo 34:4b - 10

En el *centro de este texto* se halla la proclamación del "nombre" de Dios, hecha por el mismo Dios (v. 6-7), de acuerdo con lo prometido por él a pedido de Moisés (33: 18-19), quien responde a tal "revelación" (v. 8-9) en representación del pueblo de Dios que, no bien liberado de la opresión en Egipto y habiendo aceptado los compromisos del pacto, se había apartado del mismo renunciando a la comunidad con su Dios para buscar los caminos que se le antojaban (32:1-6).

El *contexto general* de nuestra "perícope" en el libro del Exodo, pone en evidencia que Dios, desde los mismos comienzos, tenía que tratar con un pueblo rebelde y obstinado, quien antes de obedecer a sus preceptos e indicaciones, le opuso una tenaz resistencia. En otras palabras, como en el orden de la creación le sigue a la investidura del hombre, como mandatorio de Dios en el mundo, de inmediato su caída (Gn. 2-3), así en el orden de la historia salvífica, la alianza de Dios con el pueblo elegido y liberado es seguida de la rebeldía (Ex. 19-24 y 32). La experiencia fundamental de Israel para con su Dios parece no haber sido la de su "liberación" ni del "éxodo" sino la de su propia oposición a los planes de Dios y su falta de lealtad para con su pacto, por un lado, y el hecho del perdón de sus pecados, por otro, o sea, la readmisión en la comunidad con Dios, en base a la "misericordia" y fidelidad de Dios. Precisamente esto enuncia el "nombre de Dios" en el presente texto.

Llama la atención que esta revelación del *"nombre" de Dios repercuta por todo el Antiguo* Testamento, a diferencia del "otro" nombre revelado a Moisés en Exodo 3:14, el que de hecho representa una fórmula aislada, dado que no se encuentra alusión clara y explícita alguna al mismo en el resto de los escritos e invocado textualmente, sea en parte o en forma completa, en muchos pasajes muy diversos (p. ej. Nm. 14: 17-19; Jl. 2:13; Jon. 4:2; Nah. 1:3; Neh. 9:17-31), especialmente en los Salmos (86:15; 103:8; 111:4; 116:5; 145:8-9). Es objeto de la alabanza de Israel en los salmos (cf. 100:4-5; 107:1; 118:1, etc.), aun cuando presentan la historia de Israel como una secuencia continua de actos de rebeldía e infidelidad (cf. Salmo 106). El Salmo 103 bien puede interpretarse como una exégesis de ese nombre de Dios, un resumen de la experiencia salvífica del pueblo con su Dios.

En vista de lo expuesto es evidente que nuestro pasaje bíblico es el texto fundamental sobre el "nombre" de Dios en el Antiguo Testamento, siendo el "nombre" de Dios, *Dios en sus relaciones con el hombre*, en su trato con su pueblo que es caracterizado "de dura cerviz" (v. 9), expresión que se aplica solamente al pueblo de Dios rebelde, interpretándose como la indisposición para escuchar su palabra, *creer* y *obedecer* (cf. 2 R. 17:14; Jer. 7:26; 17:23; 19: 15; Neh. 9:16-29).

De manera que el nombre de Dios es "amor" y *fidelidad* (v. 6), *perdón* (v. 7ª), tal como nos lo enseña también el N.T. (cf. 1ª Juan 1:8; 4:7-10). Esta es la base de las relaciones de Dios con nosotros, su pueblo infiel y de nosotros con Dios. No hay otra en absoluto, ni las obras de justicia que hubiésemos realizado ni los sufrimientos que estuviésemos soportando. Invocar el nombre de Dios significa implorar el perdón para el pecado y las injusticias de los demás, para los fracasos del mismo pueblo de Dios en su compromiso con Dios, tal como lo hace Moisés en admirable y ejemplar solidaridad, no sólo en *nuestro texto* (v. 9) *sino en todo* lo que le antecede (cap. 32-33).

Puede ser motivo para una profunda meditación que el término hebreo "jesed" ("misericordia", gracia, amor, lealtad) en

nuestro texto (v. 7) sea traducido en los LXX por "justicia", como también en otros pasajes (p. ej. Gn. 21:23; 24:49; cf. también 1ª Juan 1:9). La *justicia de Dios*, que tantas veces es invocada hoy en relación con los reclamos del hombre oprimido a una vida digna de su vocación humana, no puede ser separada del perdón que le concede al pecador, ni mucho menos puede ser concebido en oposición a su lealtad "injusta" a los injustos. Es cierto, sin embargo, que no se trata del "buen Dios" a quien no se le puede ni debe ocurrir castigar a los que lo merecen. "No los deja impunes" (v. 7) como lo demuestra todo el Antiguo Testamento, y también el Nuevo (ver por ej. Mt. 18: 23-35). Pero evidentemente, su "amor" sobrepasa con mucho su "ira", es "tardo a la cólera", no se porta como el hombre "violento" (cf. Pr. 15:18; 16:32).

Para predicar nuestro texto *podríamos guiarnos por las siguientes reflexiones:*

"...*reconocer* que la iglesia es aún en nuestros días el pueblo rebelde de Dios que se niega al compromiso del (nuevo) pacto: "Debemos partir del reconocimiento de los errores y faltas que gravitan sobre nuestras relaciones dentro de la familia denominacional y en el más amplio círculo de la familia cristiana..."; "es preciso confesar que somos culpables de nuestro fracaso en todas las acciones en favor del ser humano en América Latina. Necesitamos el perdón y la renovación. Confesamos que hemos fracasado en la comunicación del Evangelio de la Reconciliación (reconciliación es acción)";

...*orientar* nuestras críticas a la iglesia "rebelde" o a los demás en general, sea por sus actos de injusticia o por su actitud de indiferencia o autosuficiencia, en el "nombre de Dios" y en nuestra solidaridad con ellos: "nuestra liberación por el Evangelio nos capacita para asumir una actitud de solidaridad para con las imperfecciones y flaquezas de otros, sean estos los hermanos en la fe o los otros hombres";

...*sufrir* las consecuencias de nuestra indisposición para Dios quien no sólo perdona los pecados sino también sanciona a su pueblo por ellos; "el llamado de Cristo representa siempre una contradicción respecto de nuestras aspiraciones, esperanzas, lazos, tensiones, hostilidades y tradiciones humanas";

...*responder* confiados y valientes a nuestro Dios quien no corta las relaciones con su pueblo, sino que confirma el pacto manifestando su amor: "el amor de Dios no se dirige a un hombre ideal, muy al contrario, se se dirige al hombre imperfecto, problemático y rebelde"; "seguir a Cristo significa cooperar con Dios". [1]

Mateo 4:12-17. 23-25

Este texto sumario nos remite a los mismos "principios" del ministerio de Jesús. Nos ofrece un resumen orientador de su mensaje (v. 17) que él, por palabra y acción (v. 23-24), ha comunicado a todos los hombres

[1] Las citas son tomadas de los informes y conferencias de la *Quinta Conferencia Luterana* Latinoamericana en José C. Paz, 1 al 6 de agosto de 1971.

a su alcance (v. 25), guiándose por la promesa de la divina palabra (v. 12-16).

I. Conviene relacionar lo dicho en nuestro texto con el relato que antecede (4:1-11): el mandato de Dios resiste resueltamente a las tentaciones diabólicas de ejercer su misión libertadora a la medida de las tradiciones y costumbres humanas. Opta por el camino de la atenta obediencia a la palabra bíblica, ni espectacular ni triunfalista, opción tan difícil de comprender para los hombres de todas las épocas. Dado que vivimos de la palabra que sale de la boca de Dios (v. 4), recorre todos los lugares de la región enseñando a los hombres la voluntad de Dios (v. 23; cf. cap. 5-7). Después de haberse negado a emplear su poder extraordinario para su autoafirmación mesiánica —sería la opción clericalista— (v. 5-7), lo vuelva todo al servicio de los necesitados sin discriminación ni reserva alguna (v. 23-24; cf. cap. 8-9). Tras afirmar su respeto incondicional a la soberanía de Dios, en contra de la tentación de hacerse Señor del mundo él mismo, por medio de un pacto con el maligno (v. 8-10), se entrega a la proclamación de la Buena Nueva del Reino de Dios (v. 17 y 23).

II. No cabe duda alguna que Jesús y su mensaje tienen por objeto provocar nuestra conversión, o sea, que se efectúe un profundo cambio en nuestra vida y orientación. Sin embargo, no nos hace presentes, a tal efecto, nuestras maldades y equivocaciones. Más bien proclama que Dios, con su poder soberano, nos viene al encuentro para establecer su soberanía sobre nosotros. Todo respira esperanza, alegría y expectativa en este resumen del mensaje de Jesús. Puede bien interpretarse en términos de la antigua fórmula del pacto entre Dios y su pueblo: "Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (Jer. 31:33). Dios actúa primero y es, en base a ello, que los hombres reaccionamos y respondemos al Evangelio.

III. Conviene destacar que Jesús no habla de un hecho cumplido. La soberanía de Dios está a punto de imponerse en el mundo, más aún, se debate con las fuerzas antagónicas. Se inicia todo un proceso que todavía tarda en consumarse plenamente. Pero ya se señalan los indicios del señorío del Dios donante y perdonador en el triple ministerio de Cristo: enseñar, proclamar, sanar. Nos hace recordar los tres aspectos de la acción cristiana: el pastoral, el misionero y el diaconal. Llama la atención en nuestro contexto que se subraye tanto la actividad sanadora de Jesús que es sencillamente de carácter total y universal (nótese el empleo tan seguido de la palabrita "todo"). Jesús cumple un ministerio integral "para todos". Nuestras iglesias están llamadas a recuperar tanto esta dimensión universal de su ministerio como la plenitud del mismo en su tres aspectos.

IV. Es significativo y extraño a la vez que Jesús empiece su ministerio en la remota región de Galilea, lejos de los centros de poder tanto religioso como político del país. Se "retira", no va en busca del enfrentamiento. No lo hace por inclinación personal sino en atención a la voluntad de Dios tal como se manifiesta en la promesa del pro-

feta (15-16). La gente de Galilea fue considerada como religiosamente marginada y semipagana, de poca ortodoxia y muy influenciada por costumbres ajenas. Es precisamente entre ellos que Jesús se hace presente con la luz del Evangelio. Dios se inclina a los que más lo necesitan. Así podemos aprender a orientar nuestra actuación como cristianos por las necesidades que se presentan, y no seguir meramente los patrones de la tradición.

Mateo 23:1-12

La primera parte del presente texto (vv. 2-7) nos confronta con la imagen de la iglesia deformada, la segunda (vv. 8-11) nos presenta los rasgos de la iglesia discípula de Cristo. En el orden de la redacción, se nota el contraste entre ambas por las palabras "pero vosotros", "en cuanto a ustedes", marcadamente acentuadas, al comienzo del versículo 8.

Jesús dirige sus palabras a los miembros de su comunidad y a las masas (v. 1). Esto indica que la preocupación por la renovación de la iglesia se asocia con el afán misionero y pastoral por la humanidad todavía no alcanzada por el mensaje evangélico. Prevalece la idea básica del servicio en beneficio de los otros (v. 11). Es el "dogma" fundamental que, por un lado, como "evangelio" tomó forma concreta, histórica y palpable en el ministerio y la muerte de Jesucristo y que, por otro lado, se impone al mismo tiempo como la "ley" rectora para la vida comunitaria e individual de los discípulos que forman la "compañía de Jesús", los que aprenden de él y adoptan su estilo de vida. La iglesia renovada es la iglesia puesta al compás de ese "dogma" teológico-ético del Cristo Jesús tal como se formula en nuestro texto (v. 11). Resulta evidente que la renovación de la iglesia y su acción servicial para los demás son inseparables.

La crítica al fariseísmo expresada en la advertencia que Jesús dirige a su iglesia (vv. 2-7), estriba precisamente en la manifiesta falta de vivir en conformidad con la mencionada "ley básica" de Cristo, con la "torá" mesiánica. Quizás se pueda definir el **fariseísmo** como rigorismo religioso que toma muy en serio los mandamientos del Señor y que, al intentar cumplir la voluntad de Dios en todo su rigor, no escapa al peligro de la autoglorificación ("todo lo hacen para que lo vean") ni tampoco a la trampa del verbalismo religioso ("no hacen lo que dicen"). Los **escribas,** como son los entendidos en materia de interpretación de la Biblia, señalan el clericalismo autoritario que, si bien sabe predicar a los demás, no se quiere someter a las mismas normas éticas cuyo cumplimiento demanda (v. 4). Indulgentes para con ellos mismos, se vuelven muy exigentes frente a los otros. Una tentación perenne de los creyentes militantes (cf. Ro. 2:17 ss.).

No cabe la menor duda de que tal insuficiencia se halla presente también en nuestras iglesias y congregaciones. La incongruencia entre palabra y acción, entre la fe cristiana y la vida de los cristianos no puede sustraerse a nuestra atención. Persuadidos de tener la única religión verdadera, nos creemos autorizados a criticar a otros

cuya creencia difiere de la nuestra, mientras que difícilmente aceptamos la crítica que se dirige, no tanto en contra de nuestra fe, sino contra la falta de ponerla en práctica. No hemos aprendido lo suficiente que el servicio desinteresado en beneficio de otros, es el criterio genuino de la condición cristiana. Mejor dicho, lo hemos aprendido en teoría, pero no en la práctica.

Las palabras de Jesucristo acerca del orden en su comunidad (v. 10) contienen muchos rasgos irritantes para nuestras iglesias donde se usan títulos y existen estructuras de poder y mando. Por cierto que distamos mucho de haber llegado a la plenitud del amor, de la confraternidad y del servicio cristiano. Sin embargo, somos al mismo tiempo, los discípulos del Señor, alumnos que están dispuestos a aprender cada vez más la gran lección del Maestro (v. 11) y de su Apóstol (1 Co. 13). Lo que hace falta no es tanto el afán de ser perfectos (el fariseísmo) sino la disposición de dejarse corregir y de crecer en el amor fraternal (el discipulado) .

Lucas 2:1-14

El relato consta de dos partes: el hecho del nacimiento de Jesús, narrado de un modo harto escueto, al estilo desapasionado de una crónica (v. 1-7); y el anuncio de su significado trascendental como evangelio, "buena noticia", promesa alentadora y confortante (v. 8-14). En la primera parte se refiere lo que acontece; en la segunda, importan las palabras que publican lo sucedido.

La nueva época, en el actuar de Dios con la humanidad, empieza dentro de las estructuras político-sociales existentes de un mundo dominado por la gran metrópoli que impone su sistema de tributos a toda la humanidad (v. 1-3). No se advierte ninguna señal de espíritu revolucionario en José quien, sumiso, obedece al edicto del poder extranjero y cuya actitud difiere marcadamente de la posición del movimiento de liberación mesiánica nacional de los "celotes", quienes se negaron a pagar los impuestos al César y quisieron contribuir al advenimiento de la nueva era del mesías por medio de la resistencia violenta (v. 4-5). Tanto la orden del emperador incrédulo como la obediencia "conformista" del descendiente de David, y por tanto portador de la esperanza mesiánica concreta del pueblo, contribuyen a que los propósitos de Dios se realicen conforme a la promesa profética: el niño nace en la ciudad de David (v. 6). Las circunstancias particulares de su nacimiento prefiguran las características distintivas de su vida y acción en el nombre de Dios a favor de la "liberación" de los hombres: representa a los humildes, es uno de ellos, y lleva a cabo su obra en la condición de ellos (v. 7).

La buena noticia de que Dios ha inaugurado definitivamente, en medio de nuestro mundo actual, la nueva era prometida por los profetas, es anunciada a unos pastores desconocidos, gente desprestigiada por no cumplir cabalmente con los mandamientos divinos de respetar la propiedad ajena, en razón de factores inherentes a su ocupación que los obligaba a buscar

pastos para los rebaños dondequiera que fuere en aquella tierra árida y miserable (v. 8). El gran miedo que les inspira la intervención divina en su vida diaria, alejada de los hermosos cultos en el templo, no es minimizado sino más bien superado por el conocimiento del "evangelio" que nos infunde tan grande alegría (v. 9), dado que nos comunica nuestra liberación por el perdón de los pecados, para interpretarlo a base de 1: 77. Si bien esta buena noticia se le anuncia primero a gente de condición humilde, sin embargo no es asunto exclusivo de ellos, sino que trae gozo a "todo el pueblo". El evangelio no es partidista ni sectario; no se limita a una sola clase social o grupo religioso (v. 10). Los títulos atribuidos al recién nacido, de "salvador para ustedes que es Cristo Señor" (v. 11) deben ser entendidos a la luz de todo el libro gemelo de Lucas, p.e. a partir de Hechos 2:32-47 como quien perdona las maldades y capacita, por los dones del Espíritu Santo, a los que le confían, para una vida efectivamente nueva. O hablando en los términos del himno de alabanza entonado por los ángeles: restablece a los hombres que se abrigan en la buena voluntad de Dios operante en este Cristo, a la paz (v. 14), o sea, a la plenitud de la vida y a la libertad, tal como lo anuncia el texto clave de 4:16-21; libertad para servir a Dios sin miedo, justos y consagrados a la causa de él, de acuerdo con 1:74-75.

No cabe ninguna duda que el himno de los ángeles (v. 13-14) se refiere a la obra a efectuarse por este niño en el curso de su gestión como Señor crucificado y glorificado. Por tanto, no describe la situación de la humanidad creada a raíz del nacimiento de Jesús. Más bien anticipa la realidad por venir en base a su ministerio.

Romanos 1:14-17

Se nos ofrece un motivo para meditar y predicar sobre el "evangelio" del que los evangélicos hemos derivado nuestra denominación. Es un hecho consabido que la Reforma protestante, en el orden teológico-espiritual, nació de la renovada comprensión del Evangelio que Lutero recibió en base de las afirmaciones trascendentes al final de nuestro texto, años antes de que publicara sus famosas 95 tesis en 1517. Al estudiar paciente y apasionadamente las Sagradas Escrituras, dio con el Evangelio que, muy lejos de ser una mera doctrina, representa el poder dinámico y transformador de Dios en medio de nuestra historia humana, a raíz del ministerio redentor de Jesucristo. El mismo Lutero testifica que "me sentí totalmente renacido. Las puertas se habían abierto y yo había entrado en el paraíso". Una nueva vida, un ministerio nuevo y un mundo nuevo lo habían alcanzado.

Debemos entender que los términos "evangelizar" (v. 15) y "evangelio" (v. 16) se interpretan mutuamente. De textos como Ro. 1:2, 9 y Flp. 1:12; 2: 22; 4:3, 15, etc. se desprende fácilmente que **"Evangelio"** significa, a la vez, el contenido y el acto de la anunciación del evangelio. ¡Dejemos de hablar del evangelio cuando lo tenemos, lo creemos y lo poseemos sólo entre nosotros y para nosotros, en vez de comunicarlo a los de-

más! Los evangélicos no son los que saben y conservan el mensaje de Cristo sino los que lo transmiten, o sea, los que "evangelizan".

La **misión evangelizadora,** pues, no es ningún agregado secundario a la condición de creyentes, mas bien constituye un compromiso intrínseco, una "deuda" a pagar a todos los hombres sin distinción alguna sea de idioma o cultura (griegos y bárbaros; v. 14), sea de tradición religiosa (judíos y griegos); v. 16). El "bárbaro" es el que habla un idioma extraño e ininteligible (cf. 1 Co. 14:11), y que nos reclama el esfuerzo tremendo y desinteresado de "traducir" el mensaje en su "idioma", sea culto o carente de educación, tenga mis propias modalidades u otras. El Evangelio, de alcance universal, no admite que su anunciación se restrinja a un idioma determinado o a un grupo étnico, una clase social o nación particular. Puesto que en Dios no hay discriminación de personas (Ro. 2:11).

La **predicación del evangelio** que, para muchos, no es sino un conjunto de palabras explicativas o exhortaciones sobre un pasaje bíblico, constituye paradójicamente la manera en que Dios se ha propuesto imponer su soberanía en la humanidad *en contra de toda oposición* o incapacidad de los hombres. Es Dios en acción poderosa para promover la nueva creación, al nuevo hombre y un mundo renovado. No debe extrañarse que se haga poco caso del evangelio predicado en un mundo que reclama acciones, cambios, revoluciones; y en iglesias y congregaciones que le dan poco crédito a la palabra predicada, se observa ninguna evidencia de ese poder renovador de Dios.

La única verificación humana de tal poder que la anunciación del evangelio entraña, consiste en la **fe,** o sea, que le hacemos caso y que nos comprometemos con el mismo. Pablo lo llama "obediencia de la fe" (Ro. 1:5). *Es lo opuesto a la vergüenza.* Si observamos poco o nada de la acción poderosa de Dios por medio de la predicación, nos vemos confrontados con la pregunta inquietante de si, en efecto, le damos crédito a ese mensaje extraño que anuncia una locura al insistir en que la única ayuda verdadera y definitiva le viene a nuestra humanidad, de parte del Mesías Crucificado (cf. 1 Co. 1:18), el que llama a sus creyentes a alistarse como sus discípulos y seguir su camino: morir con él para vivir con él en novedad de vida, como se indica en Ro. 6: 2-4. En otras palabras, la fe da entrada, en nuestra vida lo mismo que en nuestro mundo, al poder pujante de Dios que nos alcanza en el Evangelio anunciado, al tiempo que se somete a su soberanía poniéndose al servicio de Dios, tal como se expone en Ro. 6:12-19.

Llama la atención que el presente texto no hable del contenido sino del **efecto del evangelio predicado.** En él, Dios *revela, manifesta su "justicia", la* hace presente y efectiva en nuestra actualidad (nótese la forma del presente del verbo "apokalyptetai", la que denota un proceso que se ha iniciado y todavía sigue su curso). A partir del paralelismo de las afirmaciones sobre el evangelio en Ro. 1:16 y 1:17 se comprueba que la "justicia de Dios" no debe entenderse meramente co-

mo justicia distributiva (que de a cada uno conforme a sus obras, lo que se afirma en Ro. 2:6-10); ni tampoco cabe pensar sólo en la justicia (de Jesucristo, o de la fe) que Dios reconoce como tal y nos imputa por su misericordia. Más bien, se trata de la acción de Dios, en virtud de la cual restablece su señorío sobre los hombres y el mundo entero, su creación, imponiéndoles un nuevo orden de cosas: el de la fe, de la comunidad con Jesucristo, del amor, en base de la muerte y resurrección de Jesucristo (cf. Ro. 4:25).

Apocalipsis 3:7-13

Las siete cartas dirigidas a las siete iglesias en el libro del Apocalipsis forman un conjunto y constituyen en su totalidad el mensaje del Señor a su pueblo disperso en muy variadas situaciones. Es evidente que, en cada caso, se toma muy en cuenta el contexto particular de cada iglesia local lo mismo que el grado de su respuesta a la vocación cristiana. El predicador no puede aplicar nuestro texto, con sus términos de elogio y reconocimiento, a su propia feligresía sin un serio examen previo si tal ponderación se justifica como la palabra del Señor en el caso concreto de su congregación. Nótese el rigor de la amonestación señorial a que los fieles se mantengan firmes en la lealtad para con la palabra y el mandato de Jesucristo (v. 11). A la vez se señala la inquietante posibilidad de que una iglesia o congregación merecedora del más alto elogio en un tiempo, en otro momento se quede con su corona arrebatada por otros. Las iglesias tradicionales de la Reforma protestante y sus congregaciones en nuestro medio tienen sobrados motivos para examinarse si no se han dormido sobre sus laureles, caso de haber tenido tan alta aprobación por el Señor de la iglesia en otra época. Mayormente, por su origen y mentalidad tradicional, se ubican en la corriente conservadora tanto en lo religioso como en lo político. "Conserva lo que tienes" —como traduce la Versión Popular— sin embargo no pretende ratificar tal conservadorismo, puesto que no es cuestión de conservar fielmente lo que poseemos. Más bien, debemos exponernos con toda seriedad a la pregunta crítica de si nos hemos mantenido efectivamente en lo que Jesús ha confiado a manos de su iglesia, sea en cuanto a la doctrina de la fe o la práctica del amor. Difícilmente corresponda a ninguna de las iglesias cristianas una actitud de autosuficiencia frente al mensaje bíblico ni tampoco en vista "del marasmo en que muchos evangélicos hemos caído con una Biblia cerrada en las manos", como lo expresa la Declaración Evangélica de Cochabamba, de diciembre de 1970 (véase "Información Ecuménica", 71001-11).

Las "obras"a que se hace referencia al principio de la carta, se interpretan a la luz de su uso en las otras (Ap. 2:2-9, 13, 19, 22, 23, 26; 3:1, 15 y cf. 14: 13), como una expresión que significa la oxistencia cristiana en todas sus manifestaciones, traduciéndolo la Biblia de Jerusalén por "conducta", y la Versión Popular por "todo lo que haces". Llama la atención que en nuestro texto no hay mención alguna de obras concretas

en el sentido corriente, ni tampoco se nota ningún rasgo de un activismo cristiano. Partiendo de lo expresado en vv. 8 y 10 parece que las "obras" consignan la lealtad y firmeza que no se dejan apartar de la fe y la enseñanza originales de Jesús. Como en toda la literatura juanina, la marca distintiva de los verdaderos discípulos es el "permanecer" en las palabras, los mandamientos, el amor de Jesucristo (cf. Jn. 8:31; 15: 4 ss.; 1 Jn. 2:3-6, etc.). Estamos confrontados con la pregunta por la verdadera iglesia de Dios en la historia, criticándose a los que se proclaman judíos (es decir, el verdadero pueblo de Dios) sin serlo, lo que debe aplicarse con idéntica rigidez a los que se llaman cristianos y no lo son.

Quizás haya llegado el momento de reconocer que somos una iglesia de poca fuerza y poder —*numérica, financiera, política* y espiritualmente— y que hay puertas para la acción de nuestras iglesias, las que se cierran, y otras que se abren *disponiendo todo ello el mismo* Señor. En nuestros días estamos observando una apertura nueva e inesperada en las iglesias, incluyendo la gran iglesia católica, hacia una nueva confraternidad y acción conjunta de testimonio, misión y diaconía, una apasionada búsqueda por una renovación del ministerio de la iglesia al servicio de los hombres en nombre del Evangelio. Por otra parte puede bien que nos acerquemos a la hora de la prueba, y tal vez ya estemos puestos a prueba respecto a la sinceridad de nuestra fe y la autenticidad de nuestro amor, tanto en relación con nuestras iglesias hermanas como con las apremiantes necesidades que reclaman nuestra respuesta cristiana. Lo que importa no es si nos hemos mantenido firmes en nuestras tradiciones, sino si vamos observando, con renovada dedicación, la Palabra de Jesús aquí y ahora, o si, en el orden de los hechos, negamos su nombre, aquél por el cual hemos sido llamados: cristianos.

Apocalipsis 4:1-8

Nuestro texto forma parte del "preludio en el cielo" que da comienzo a las visiones referentes a las **"cosas que han de suceder después"** (v. 1). Esta frase hace alusión al tema general del Apocalipsis tal como lo formulan los pasajes claves *de 1:1; 1:19; 22:16. Los acontecimientos* que conforman la historia del mundo en su curso hacia la consumación final, constituyen el objeto de la *visión profética de Juan y presentan*, al menos en este libro por cierto enigmático del Nuevo Testamento, el tema de la predicación tanto de consolación como de exhortación que Cristo Señor (cf. cap. 1) quiere se dirija a sus iglesias afligidas y expuestas a peligros y tentaciones (cf. cap. 2-3), a raíz de esta misma historia tan adversa a la causa de la fe en Jesucristo. Nuestra "perícope" debe, por lo tanto, predicarse en términos que se refieren a la historia universal después de la resurrección de Cristo y antes de su segunda venida, y no como apuntando a la esfera del más allá donde nada se siente de las vicisitudes de nuestro convulsionado mundo y donde los bienaventurados gozan de reposo y felicidad. Nuestro texto bíblico llama la atención a la

soberanía de Dios Todopoderoso que, por intermedio de Jesucristo Crucificado (cf. cap. 5), inaugura y dirige el curso de la historia cuya evolución "postcristiana" no contradice sus propósitos ni se sustrae a su mano rectora.

El **trono** (v. 2) simboliza poder, gobierno y mando, y **el que está sentado,** no descansa de sus trabajos sino que hace pleno uso de sus derechos soberanos en ejercicio de su función de rey. Es el Señor en acción (cf. Mr. 16:19-20), lo mismo que el juez está sentado para desempeñar su oficio (cf. Dn. 7: 9-10; Mr. 19:28; 25:31; Jn. 19: 1—3; Hch. 25:6, 17; Ap. 20:4), y el maestro para impartir la enseñanza (cf. Mt. 5:1; 23:2-3; Lc. 4:20; 5:3; Hch. 13:14; 16: 13, etc.).

Los **24 ancianos** (v. 4) pueden representar una reminiscencia de la corte celestial de Dios, idea que en el Antiguo Testamento aparece varias veces (cf. 1 R. 22:19; Is. 6:1; Job 1:6; 2:1). Sin embargo, en nuestro texto no hay ningún indicio de que tienen parte activa, ni siquiera consultiva, en el gobierno de Dios sobre el universo. Si en un origen simbolizaban las potencias astrales del zodíaco, de acuerdo con las tradiciones científicas del Antiguo Medio Oriente, es significativo que de ello nada se note aquí. Las fuerzas del cosmos no reclaman ante Dios ninguna importancia ni atención religiosa para ellas. Se subordinan plenamente a los designios de su Creador.

Los fenómenos meteorológicos (v. 5) deben interpretarse a base de relatos del Antiguo Testamento, en los que los **relámpagos** (p.ej. Ex. 19:16; Sal. 18: 13 ss.; 77:19; 97:4) y el **trueno** (p.ej. Ex. 9:23-24; 1 Sam. 7:10; Sal. 104:7; Jer. 25:30) son factores concomitantes de las intervenciones de Dios en la historia.

El **mar** delante del trono (v. 6) hace recordar las aguas del caos dominadas por el Creador (Gn. 1:6-7; Sal. 104:5-9) y por el Señor de la historia (Sal. 93:3-4; Mt. 8:26-27). Quizás no sea fuera de lugar pensar también en el caos de la historia humana determinada por la rebelión contra Dios (cf. Dn. 7:2-3; Ap. 13:1; 21:1). Vista desde el trono divino no ofrece aspecto desconcertante ni enigmático alguno.

Puede ser que los **cuatro seres** (vv. 6-8), en un principio, hayan significado las constelaciones astrales que determinan las cuatro estaciones del año. Lo mismo que en el caso de los 24 ancianos, se disponen sin reservas a la adoración de Dios. Así se pone de manifiesto, en el lenguaje del Apocalipsis, lo que San Pablo proclama en pasajes como Ro. 8:28-39 y 1 Co. 3:22-23, a saber: que ningún poder ni fuerza, sea en el orden físico o en el espiritual, puede malograr los propósitos salvíficos de Dios ni separarnos de su amor. "Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman".

Es evidente que nuestra "perícope" tiene su centro de gravedad en el **himno de adoración** (v. 8). Este himno no quiere ser valorizado según su dimensión estética. Proclama la soberanía de Dios en protesta contra la actualidad humana contraria. Anticipa lo que todavía está por manifestarse plena y públicamente.

El mensaje del himno se basa sobre el texto de Is. 6:3 y ofrece una re-interpretación del nombre revelado de Dios en Ex. 3:14 a base de Dn. 7:13-14 donde se habla del que viene para asumir, por encargo de Dios, el dominio de todas las cosas. **El que viene** es un título que se atribuye a Jesús (cf. Mt. 3: 11; 11:3; 21:9; 23:39, etc.). De modo que los conceptos del himno no pueden predicarse sino a la luz del ministerio de Jesucristo. Si la **santidad** es aquello que Dios distingue del mundo "profano", debemos entender que precisamente se ha manifestado en la acción y la muerte de Jesús. El calificativo **todopoderoso** no se refiere tanto a las obras de la primera creación, sino más bien al poder con que Dios domina, dirige y encauza la historia actual del mundo hacia la nueva creación. La omnipotencia de Dios se proclama en relación con el porvenir en vez de solamente con el pasado.

El presente texto bíblico predicado el último domingo del año eclesiástico nos ayuda a comprender que el mensaje de Cristo Señor abarca una esperanza.

(1) que ofrece una perspectiva consoladora a la historia mundial, y no sólo a nuestra vida individual

(2) que anhela se cumplan los propósitos de Dios, y que no aspira a que se materialicen nuestros deseos

(3) que sabe anticipar, en osadía de fe, lo que todavía no se ve, y que impide que nos conformemos con la situación dada en nuestra actualidad.